

XXVI Seminario internacional “Los partidos y una nueva sociedad”
México 22, 23 y 24 de setiembre de 2022

AMERICA LATINA: UNA MIRADA

Saúl Armacanqui M.
C.E.N. Juntos por el Perú

El presente año nos encuentra inmersos en los grandes desafíos por los cuales hoy atraviesa la humanidad, prefigurando el destino de nuestro subcontinente como parte de antiguas ataduras de carácter global.

El mundo hoy, aún está pendiente de la presencia de la pandemia que en su tercer año plantea conjeturas sobre la emergencia futura de virus y/o variantes, su probable letalidad, pero también sobre las reales posibilidades del establecimiento de eficientes sistemas sanitarios.

Fue precisamente que en diciembre del 2019 el COVID-19 con sus oleadas de enfermedad y muerte entrecruzó su funesto camino con la gran crisis desatada en el 2008, crisis económica-financiera superior por sus graves consecuencias a la de 1929-33 y cuyo epicentro norteamericano de inmediato comprometió a las economías del resto del orbe, en particular a las europeas, empantanándose todas ellas, imposibilitando y postergando en adelante cualquier tentativa de abrir un nuevo periodo de expansión de carácter económico-productivo.

En este contexto sombrío, el enfrentamiento a la enfermedad dejó al descubierto las reales condiciones del sistema sanitario global, precarias en el caso de nuestros países y en particular en el Perú donde se apagaron 270000 vidas, cifra lapidaria frente a los 69000 muertos de la guerra interna y lejos de cualquier comparación frente a pasadas guerras externas del siglo pasado; esto en el Perú cuya población es de 30 Mills. de habitantes.

Pero de igual manera se constató que tras las cuarentenas establecidas indistintamente en todo o casi todo el mundo, la consecuente implementación de la reactivación económica, mostró una vez más la existencia de ganadores y perdedores en toda crisis que el sistema como tal atraviesa y que en esencia constituye la socialización de las pérdidas, mediante, en este caso, la implementación del salvataje financiero estatal para los menos y el abandono para las mayorías.

Las crisis son inherentes a la naturaleza del capital, a su valorización y su reproducción ampliada a escala planetaria, y están sujetas a su carácter cíclico; por consiguiente, remarcamos que asistimos a la vigencia de la época del capitalismo de los monopolios, es decir del imperialismo. Una época de cambios trascendentales ciertamente, pero donde el capital y el trabajo constituyen el núcleo fundamento del sistema de contradicciones de la sociedad.

En un mundo sin bloques sistémicos competitivos o no, como lo fue hace más de tres décadas con la existencia de la Unión Soviética; el poderío militar norteamericano le ha permitido a la gran burguesía estadounidense extender sus poderes transnacionales, formales y fácticos

alrededor del globo terráqueo; habiendo consolidado sucesivamente su posición de dominio tras las pasadas guerras mundiales, imponiendo formas de dependencia asociadas al colonialismo y el neocolonialismo manteniendo de esta manera su hegemonía y control mediante la utilización de la fuerza.

En Nuestra América al decir de José Martí o Indo América como la llamara el amauta Mariátegui, el presente ciclo político tiene su referencia inmediata en el discurrir de los años 50 del siglo pasado, habiendo anteriormente transitado ya, los diversos populismos y dictaduras de los años 30 pasados.

La imposición del imperialismo, principalmente norteamericano, el desarrollo desigual del capitalismo, la permanencia de los resabios de la feudalidad y la semifeudalidad entre otros aspectos y peculiaridades determinaron la evolución económica de nuestros países latinoamericanos en cuya condición semicolonial, neocolonial e indistintamente dependientes, condicionaron en esta media centuria, la emergencia con mayor energía y dinamismo de los movimientos campesinos y rurales en su lucha por la tierra, pero también de los diversos sectores urbanos por el salario y la subsistencia, cuyo crecimiento ascendente se había acentuado al amparo de la expansión del polo urbano industrial procesado en ese mismo tiempo. Esta situación finalmente tiene su punto de inflexión en la cristalización de la Revolución cubana la cual abre paso a una nueva etapa en el desarrollo de las luchas sociales y populares, encaminadas hacia la conquista del poder del estado.

El curso de los años 60 testimonió el auge de las luchas de liberación nacional y social en Asia, África y América Latina. En Nuestra América desde río grande hasta tierra del fuego en la helada región, el campo y la ciudad fueron los escenarios de las más diversas luchas de obreros, campesinos, pobladores, trabajadores en general, partidos populares y de izquierda, hombres y mujeres y donde la juventud quedó simbolizada para siempre en la matanza de Tlatelolco en octubre de 1968.

Para entonces el auge económico norteamericano de pos guerra se encaminaba ya hacia su crisis; la declaración de la inconvertibilidad del dólar al oro en agosto de 1971, así como el alza de los precios del petróleo en 1973, fueron sin duda un sombrío anuncio a la grave recesión internacional de 1974-1975, aun cuando la envergadura de esta crisis no fue comparable con la de 1929-1932, pero si constituyó la primera recesión mundial desde 1937-1938.

Latinoamérica fue impactada por todos estos acontecimientos y fue cuando la industrialización vía sustitución de importaciones terminó por agotarse.

El movimiento popular desplegó sus luchas en un contexto donde junto a organizaciones gremiales y agrupaciones políticas, también se erigieron gobiernos progresistas como los de Torrijos (Panamá), Torres (Bolivia), Velasco (Perú) que aperturaron espacios de participación que pronto fueron cerrados; pero también liderazgos como el de Allende en Chile fueron acallados por sanguinarias dictaduras, al igual que todo el sur latinoamericano como Argentina, Uruguay, además de la consolidación del temprano golpe contrarrevolucionario de 1964 contra Joao

Goulart en Brasil. El triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua en 1979 alentó el avance y la resistencia de los movimientos populares y democráticos en Centroamérica y América Latina en general.

La década del 70 del siglo pasado fue el tiempo del endeudamiento latinoamericano, lo cual complicaría la situación económica en los siguientes años 80; decenio que sería denominada entonces la década perdida para América Latina.

Con el ascenso de Reagan en EEUU y de Thatcher en Inglaterra en 1980 se dio paso a la primera oleada neoliberal en el mundo y su ofensiva reaccionaria en todo el mundo destinada a desmontar el Estado de bienestar.

La crisis de la deuda de 1982 en México precipitó la situación del endeudamiento externo del resto de América Latina, el cual se convirtió en el principal problema a afrontar. Los años sucesivos fueron de ajustes económicos y de intervención por parte de los organismos financieros internacionales como el FMI, entre otros.

La desaparición del bloque socialista tras la caída de la URSS en 1991 así como ya anteriormente de los países del Este europeo en 1989; supuso el triunfo definitivo de la economía capitalista de los monopolios sobre el planeta; es decir el reinado del imperialismo y un nuevo comienzo sin incertidumbres para la humanidad. Aparentemente la humanidad había arribado al tiempo de las certezas. La unipolaridad norteamericana así instalada dejó como actor secundario a la UE producto del Tratado de Maastricht firmado en 1992.

Sin embargo, los años 90 fueron también los años sucesivos de los programas de ajuste estructural y de implementación del decálogo del consenso de Washington recrudeciendo el neoliberalismo.

Se trataba de la segunda oleada neoliberal capitaneada políticamente esta vez, por Bill Clinton y Tony Blair de EEUU e Inglaterra respectivamente.

La solitaria carrera del capital norteamericano, que se suponía libre y destinado al éxito, duró poco tiempo puesto que en 1994 lo sorprendió el “efecto tequila” de la crisis mexicana, enseguida lo agravó la profundidad del “efecto dragón” de la crisis asiática en 1997, otro tanto constituyó el “efecto vodka” de la crisis rusa de 1998, el “efecto samba” de la crisis brasileña de 1999, la crisis tecnológica-informática del 2000, la crisis argentina del 2002, en fin, una seguidilla de sucesivos acontecimientos de orden económico-financiero de los cuales no pudo reponerse totalmente.

Durante el período 2004-2007 se retoma un trecho de crecimiento económico principalmente alimentado por la expansión de la China que ya venía destacando nítidamente desde los tiempos de las 4 modernizaciones impulsadas por Deng Xiaoping en 1978; pero también de la India que mostraba una vigorosa evolución, así como Rusia. Todo esto precisamente delineó la etapa previa de la crisis del 2008 suscitada en Norteamérica y cuyo origen financiero de pronto se

transformó en económico-productivo, expandiéndose de inmediato al resto del mundo tal como se ha señalado líneas más adelante.

El progresivo perfilamiento de un mundo multipolar, a raíz de la emergencia de estas nuevas potencias, entre ellas China principalmente que, de manera sostenida, unas más que otras, se fueron afirmando como los BRICs en el curso de la primera década del presente siglo, marcando su aparición en el escenario donde aparentemente aparecía destinado a EE.UU., la UE y el Japón.

Así hemos arribado a una situación donde múltiples crisis contemporáneas convergen hoy, con una crisis ecológica universal, la misma que constituye la crisis de nuestro tiempo; el capital no sirve para satisfacer las necesidades humanas; sino por el contrario el ser humano y la naturaleza sirven a la acumulación y reproducción del capital; ante esta crisis de naturaleza civilizatoria generada por la decadencia de un modo eurocéntrico de producir, distribuir y consumir y que en nuestras particulares condiciones de dependencia en Nuestra América devienen en extractivismo-productivismo-consumismo, la humanidad tiene la responsabilidad de asumir compromisos históricos en defensa de la vida y la preservación del planeta.

Asimismo, asistimos en lo político al espectáculo de la captura del estado y las reparticiones públicas por las mafias de la delincuencia común, el narcotráfico y la corrupción sistematizada, mediante la configuración de bandas político-criminales bajo la fachada de “partidos políticos”. Igualmente, el poder judicial, así como los otros organismos de control y fiscalización se encuentran infestados de “células” de estas bandas, las cuales entre si establecen “acciones compartimentadas” donde finalmente, la delincuencia organizada ejerce la judicialización de la política en la agenda del país, tal como por ejemplo sucede hoy mismo en el Perú como parte de la guerra política desatada contra el gobierno elegido en las urnas.

La amenaza bélica constituye otro punto neurálgico de la situación actual que igualmente nos atañe a los latinoamericanos. Debemos tener en cuenta que EEUU tiene desplazadas fuerzas militares en todos los mares del mundo, contando con más de 700 bases militares en más de 130 países, albergando alrededor de 500000 miembros de su ejército. La intensificación de focalizados conflictos violentistas, terroristas y bélicos, así como de intentonas guerreristas en diversas localidades, regiones y países, desconociendo tanto la libre autodeterminación de los pueblos y la independencia nacional no es ajena a todo ello. La actual guerra en Ucrania, donde la OTAN es instrumentada constituye parte de este actual problema.

El control y la apropiación de los recursos naturales se encuentra en la base de toda esta injerencia externa teniendo en cuenta por ejemplo que un 15% de la población mundial que mora en los países capitalistas desarrollados acapara anualmente, mediante sus formas y estilos de vida, así como sus patrones de consumo, el 85% de los recursos del planeta. En realidad, una pequeña oligarquía financiera propietaria del gran capital monopólico transnacional ha establecido un orden donde se decide el destino, la vida y la muerte de la población mundial.

Dentro de todo ello el pulso de la guerra comercial desatada entre EEUU y la RPCH en el 2018 y que Trump no pudo resolver a su favor, no se ha detenido en ningún momento. La RPCh avanza

con su crecimiento sostenido y el fortalecimiento de su mercado interno, en su objetivo de convertirse en la presente etapa, en el epicentro del tablero geopolítico universal por ello el PCCH y Xi Jinping postulan una futura China socialista, moderna y próspera al llegar al centenario de su revolución a mediados del presente siglo; habiéndose convertido por lo pronto América Latina, en su principal socio comercial. Ante ello, la administración Biden pretende detener su declive en el concierto de naciones, rearmando alianzas en Europa, fortaleciendo la OTAN en el curso de la guerra de Ucrania y en Asia apoyando a Taiwán buscando confrontar desde ese lado a China y llegar así a las elecciones de medio mandato en noviembre próximo en buenas condiciones.

En Nuestra América la victoria de Gustavo Petro en las elecciones colombianas constituyó un gran avance que con seguridad significará la consolidación de las fuerzas democratizadoras de nuestro subcontinente. De la misma manera Brasil y Latinoamérica toda esperan el retorno de Lula en el próximo octubre, todo lo cual significara un viraje en la disposición de fuerzas en nuestro continente.

El creciente despliegue social contestatario, la protesta popular y el reclamo milenarista de los pueblos originarios, ad portas de la pandemia en Nuestra América, era ya totalmente notoria y nítida en Ecuador, Bolivia, Colombia, Argentina, Chile entre otros países. El confinamiento temporal del descontento y la protesta social, terminó anidando la ira popular, la cual ha retomado formas y contenidos tras el desastre sanitario, el abandono y la muerte, así como la privilegiada reactivación económica implementada destinada en primer término al empresariado mercantilista de nuestra región.

En ese sentido un movimiento patriótico, indigenista, popular, democrático y de pueblos originarios, de radicalismos de diverso signo, núcleos antisistema, y otros se están terminando de perfilar y consolidarse durante el mismo curso de los acontecimientos. A contracorriente la reacción y la derecha cavernaria emerge igualmente en el escenario como fuerza polarizante, contando para ello con elementos de procedencia retrógrada, mercenaria, y cainita de inspiración fascista.

En las alturas del bloque en el poder las burguesías intermediarias, compradoras, rentistas y parasitarias añoran el retorno a la “vieja normalidad”, es decir una reactivación económica anclada en el patrón de acumulación a escala mundial cuyo carácter transnacional, monopolístico y financiero privilegia como siempre al capital y socialice las pérdidas en el pueblo una vez más. Tal pretensión será difícil de alcanzar; en adelante ya nada es ni será igual, se han procesado cambios, empezando por las formas cotidianas de sentir y hacer la vida misma, incluidas las subjetividades más recónditas.

El capitalismo en ninguna de sus fases ha priorizado al ser humano como fin, más bien lo ha despersonalizado, cosificado y mercantilizado; degradando además en su camino a la casa de todos, es decir a nuestro planeta, implicando un peligro para la vida misma. Este sistema además

se ha sostenido y se sostiene sobre un aparato burocrático estatal y su poder coercitivo. Tal es la esencia agresiva del capital.

Siendo nuestra Indo América una civilización muy antigua; tuvo que soportar la brutal agresión y colonización europea a partir del siglo XV, propia de una guerra de ocupación cuya esencia constituyó la demanda del oro, la plata y todas las riquezas posibles destinadas a abonar en el proceso de la acumulación originaria del capital. Este hecho estableció una ruptura histórica que marcó nuestro destino de una manera abrumadora y cuyos efectos continúan siendo absolutamente actuales y cotidianos

Y entonces el problema nacional sigue vigente por cuanto no somos aún una nación en el sentido de su integración social y cuya solución pasa por una nación de ciudadanos. Nación y democracia, constituyen problemas vigentes e irresueltos hasta hoy mismo y ambos se fusionan en un solo movimiento y tienen una misma vía de solución

Así se implantó en nuestros países, el Estado dependiente, de raíz colonial clasista y racista que, habiendo creado una nación imaginaria por encima de toda nuestra procedencia étnica y cultural, asumió brutalmente la opresión como una herramienta fundamental de dominación para organizar la explotación económica y la ocupación del territorio. Desde entonces nacionalizar y erigir el Estado-nación constituye una cuestión que se encuentra necesariamente vinculado al proceso de democratización pendiente y que la colonialidad supérstite obstaculiza.

Siendo la nuestra una sociedad de una naturaleza pluricultural y multiétnica, donde las diferencias se plasman generalmente en comunidades distintas o en complejos procesos de mestizaje habrán de seguir buscando su expresión en un estado de carácter pluricultural y multiétnico. En esta perspectiva nuestra identidad el “nosotros”, requiere y necesita de una plataforma común que deberá ser el Estado de todas las sangres que unitariamente habrá de lograr una democracia con derechos políticos, económicos y sociales en el contexto de otro desarrollo, superando así definitivamente la crisis en la que se ha sumido la actual democracia nominalmente representativa, pero en realidad metamorfoseada más bien en una democracia delegativa de los intereses del capital y el patrimonialismo aupados en el control del estado.

No existe entonces democracia sin Estado Nacional, como no puede existir democracia sin ciudadanos, ni tampoco democracia sin una comunidad nacional con la cual se identifique y conforme su base estructural que lo consienta y lo garantice.

Nuestros países han experimentado las denominadas transiciones democráticas en el marco de lo que se ha llamado la tercera ola democrática, sin embargo, estas no nos han conducido más allá del orden ya preexistente. Todo lo contrario, ha sido un infeliz retorno; es decir, ni participación ciudadana, ni integración social, ni bienestar social.

Han terminado acentuando, en esencia, el paso del régimen patrimonialista oligárquico hacia su versión descarnadamente neoliberal: continuidad sin ruptura alguna, signada igualmente por la concentración del poder, la exclusión social, la profundización de la dependencia y la

depredación del ecosistema, generando el inacabable desafecto social y la deslegitimación hacia esta democracia que ha perdido en medio de su crisis continuada, su nominal representatividad habiéndose refugiado en su ropaje procedimental y normativo. El Amauta Mariátegui, en su momento, en el “Alma Matinal” también distinguió claramente la democracia forma en crisis respecto a la democracia idea como principio inmortal.

En estas condiciones la democratización de la sociedad y el estado, no puede conservar ya tiránicos privilegios clasistas, pero tampoco puede ser racista, ignorando a todas las sangres que dieron vida a nuestras antiquísimas civilizaciones y cuya riqueza precisamente se fundamentó en nuestra diversidad cultural, matriz de nuestra identidad nacional.

La reconceptualización de la democracia en toda su dimensión más allá de su entendimiento como tradicional forma de gobierno y el despliegue por lo mismo de la democracia protagónica e integral como parte de la vida cotidiana, resolverán la crisis de la presente democracia normativa y procedimental. La conjunción de dicho ordenamiento democrático encaminado con nuestro derrotero destinado a lograr una nación política, económica y socialmente integrada constituirá el eje de la democratización que nuestros países requieren y que estarán expresadas en nuevos pactos sociales.

Por ello la democratización de la sociedad y el estado, es decir la revolución democrática que nos lleve a conquistar un gobierno democrático, nacional, soberano, sustentable y de bienestar para todos debe constituir nuestro objetivo estratégico, nuestro Proyecto Político Nacional. Una alternativa democrática sin clase despótica en el poder del estado, pero tampoco sin exclusión racial de ninguna sangre, concluirán resolviendo el problema de la democracia y la nación en nuestros países, para encaminarnos hacia una sociedad superior.

¡Solo el pueblo salva al pueblo!

